

ENGENDRO

«Señor, ha vuelto a ocurrir». Las luces se regulan con tonalidad «despertando» cuando me incorporo. Veo sus ojos redondos, negros, los labios encarnados y apenas abiertos, sugerentes; la melena azul cobalto revuelta en su justa medida como expresión del sexo consumado y aún por consumir. Es Telva 1654-B-Z. Uno de los últimos prototipos compuesto por polímeros de ultra resistencia y software ontológico de carga erótica. Este modelo no es dado a los sobresaltos; su rostro compungido —aunque no por ello menos sensual— me deja de una pieza. Tres segundos más tarde entiendo a lo que se refiere y me pongo el batín. Mis movimientos perentorios precipitan que la luz termine de llenar la estancia, modo «en marcha».

«¿Te acompaño?», ronronea Telva a cuatro patas, los pechos colgando en acto humillante para la fuerza de la gravedad y le digo que no con la cabeza, un no que su programación procesa como 'Error en el sistema'. Se tiende derrotada y a la espera.

Me lanzo al pasillo de camino al laboratorio. Ha vuelto a suceder. Putos piratas. Alguien anda sabotando los procesos computacionales en sus últimas fases de creación y nos está volviendo locos. Supone millones de pérdidas en material y esfuerzo. El ensamblaje y la biogeneración se desparametriza y actúa aleatoriamente: los androides terminan convertidos en auténticos conglomerados caóticos que «nacen» muertos sin posible funcionalidad ni aprovechamiento futuro. Igual que papilla orgánica.

Cuando llego al centro de control, activo la sala *Útero* para que se ilumine y yo pueda ver el destrozo acaecido. El quinto en dos semanas. Desde mi privilegiada posición en altura contemplo las diez cabinas creacionales donde se están gestando las nuevas incorporaciones: maravillosas autómatas de placer, generación neosex. La última decena nos encumbró en el mercado y ahora los pedidos en los lupanares y burdeles de máximo nivel se cuentan por miles. La competencia no se lo está tomando nada bien. Cabrones.

Resulta curioso. El fallo existe —están encendidas las luces de alarma en la cabina 6—, pero la compuerta no se ha abierto dejando escapar un puré de tripas y huesos sintéticos como las otras veces. No, todas las mamparas permanecen cerradas y la sombra en el interior del habitáculo 6, aun mostrando algo distinto —el movimiento, el contorno, no sé—, adquiere forma humanoide. ¿Puede que el dios Fortuna haya terminado ajustando lo que no puede ajustarse?

Antes de que la criatura termine tragando más suero prebiótico de lo soportable me pongo manos a la obra. Me recuerda a un parto prematuro. A los mandos de los distintos teclados y pantallas reactivas procedo a realizar una cesárea: abro el portón drásticamente sin esperar los tiempos convenidos para el drenado y la aclimatación. El caldo primordial de la cabina se precipita con un estruendo verduoso por la estancia. Oigo a través de los micros varias respiraciones agónicas como si alguien quisiera arrebatarse el oxígeno al resto de seres. ¡Vive!, aunque sigo sin

ver lo que la naturaleza en comunión con lo artificial ha tenido a bien traer. Una mano —¿una mano?— se apoya en el suelo; emerge del útero de cristal un espeluznante engendro con tres piernas retorcidas —creo que una es un brazo—, una espalda ganchuda dispuesta en su parte delantera repleta de dientes y dedos, y una cabeza velluda donde se abre una nariz amorfa, un ojo y algunas uñas se clavan en hilera donde debieran estar las cejas. Lo que parece ser la boca se abre y se cierra en un movimiento reflejo que le permite tomar aire. No cabe duda de que sólo los componentes artificiales de biodureza la permiten vivir, o mejor dicho, malvivir. Los parámetros no debieron desajustarse tanto esta vez. De densos despojos hemos pasado a aberración.

Su condicionamiento droid, no obstante, la empuja hasta el espejo de experiencia donde las recién nacidas servomáquinas contemplan su imagen para terminar de ejecutar subprogramas de comportamiento. Un escalofrío me recorre el espinazo. ¿Qué pasará cuando se vea? ¿Cuando comprenda el monstruo en el que se ha convertido? ¿Cuando descubra la mala pasada que nosotros, estúpidos prometeos, en consonancia con el azar cósmico, hemos hecho de ella? Prefiero no verlo, pero reconozco que soy incapaz de mirar a lo que no sean sus pasos imposibles, sus ademanes anti natura, su vomitiva supuración de líquidos. Alcanza al fin la verdad inequívoca del reflejo y se queda quieta, muy quieta, con su ojo parpadeando lloroso entre pelos y bultos, computando la anarquía demoledora de su organismo.

Llamo por el intercomunicador a Telva, le explico la situación y la ordeno que baje al *Útero* de inmediato para detener a una posible iracunda cyborg contrahecha. El colmo sería que, en un acceso de cólera, termine destruyendo las cabinas de sus perfectas hermanas, durmientes en gloriosa ignorancia. Y es instantes antes de que Telva aparezca en misión paliativa, que Engendro, hasta entonces todavía inmóvil, estira su boca. ¿Es eso una sonrisa? Se toca, ¿lasciva? Sí, se gusta, se contonea en un atroz espectáculo. Gime en lo que supongo es una pavorosa carcajada de felicidad. Y allí está Telva, entrando en escena, tensa, violenta, dispuesta a enfrentarse a la locura desatada. Más sensual de lo que nunca la he visto. Entonces se detiene y me mira desde su posición arrugando el bello rostro a la espera de instrucciones. No comprende lo que ve. Yo tampoco.

Engendro se regodea ante al espejo. De tan extasiada —o posiblemente sorda— no ha reparado en la intrusión de su némesis, de su polo opuesto, de lo que debiera haber sido y nunca fue. Aunque el estirar de una sombra le pone sobre aviso. Se gira y no puede. No puede soportar lo que ve frente a sí. Y ahora lo entiendo: Engendro no está preparada para encontrarse con una fealdad, una monstruosidad tan dolorosa para ella como la de Telva. Así que amaga un par de arcadas y su corazón defectuoso se acelera hasta límites insoportables. Se parte, se parte... Las convulsiones la dominan y muere compungida, chapoteando en el charco que ha rezumado, retorciendo sus excesivas articulaciones. Pone así fin a la injusticia de que Dios le haya dado toda la belleza que al ser que tiene enfrente despojó.

DAVID LUNA LORENZO